

EL PROBLEMA DEL ALCOHOLISMO

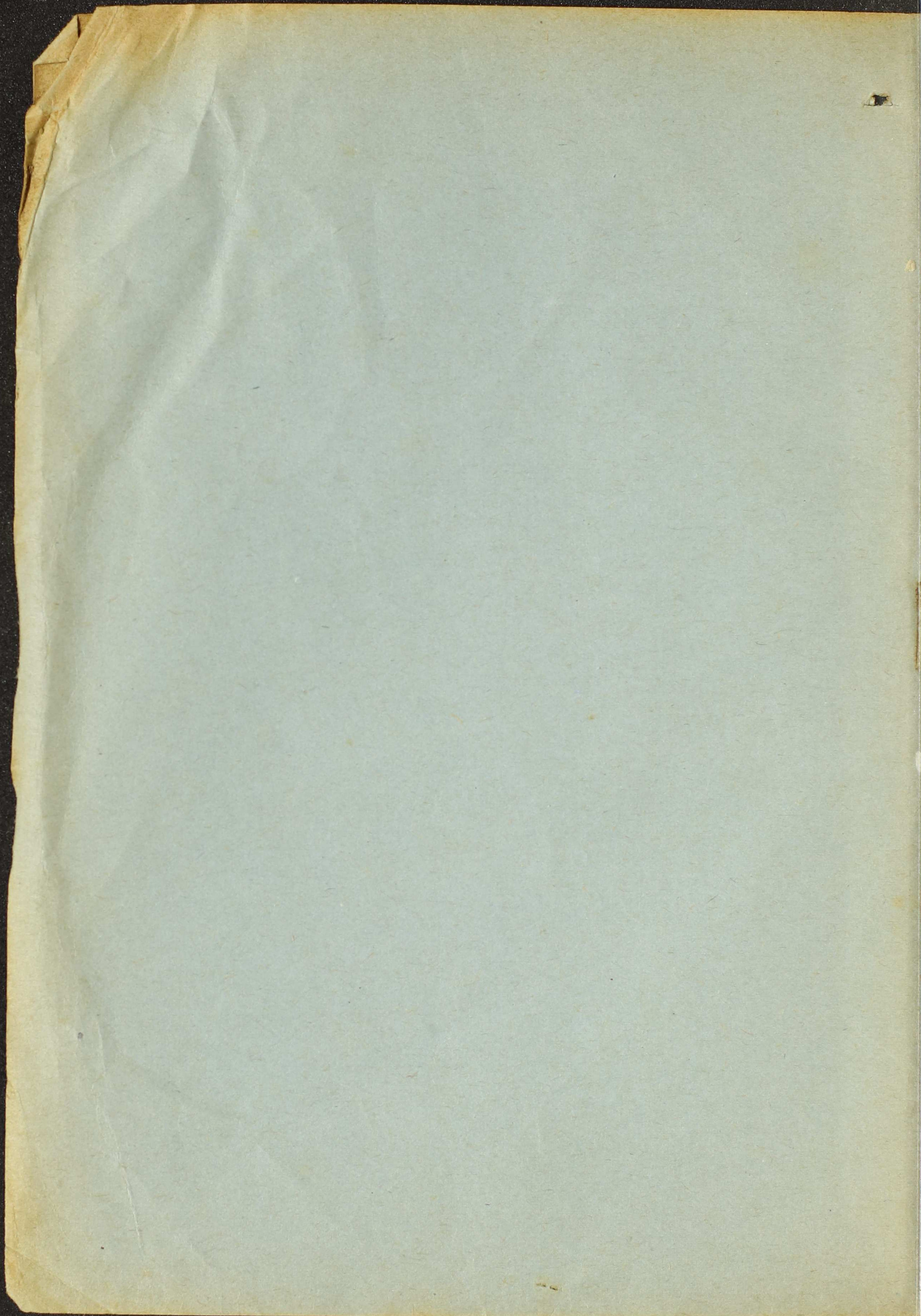
Y

SU POSIBLE SOLUCION

POR

LUIS LÓPEZ DE MESA

JUAN CASIS-EDITOR.



EL PROBLEMA DEL ALCOHOLISMO

Y

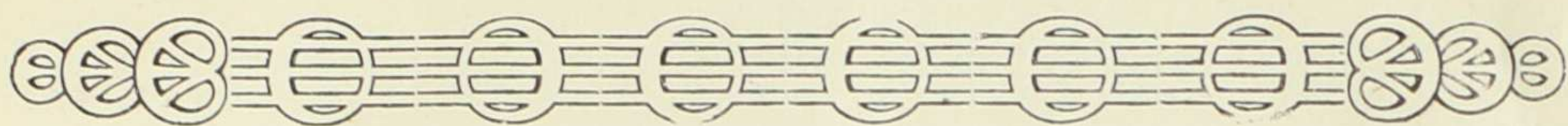
SU POSIBLE SOLUCION

POR

LUIS LÓPEZ DE MESA

JUAN CASIS-EDITOR.





EL PROBLEMA

del alcoholismo y su posible solución (1)

Una de las funciones más útiles de los Congresos Internacionales es, a mi modo de ver, la de dar un veredicto sobre las cuestiones científicas ya elucidadas en el estudio pormenorizado de los tratadistas, el presentar a la sociedad humana a síntesis de los esfuerzos parciales que inicie aplicaciones prácticas.

En este sentido nada más importante para un Congreso Internacional de Medicina que el estudio de aquellos flagelos que como la tuberculosis, la sífilis y el alcoholismo constituyen la más seria amenaza para nuestra especie.

Por ello voy a proponer un voto razonado sobre la restricción del alcoholismo, siguiendo de un modo preferente las fases que este problema tiene en mi patria, y atendiendo sólo a las ideas generales, sin entrar en pormenores ni citas de textos,

CAUSAS

El alcoholismo es una enfermedad social en el triple sentido de que es consentida impunemente por la socie-

(1) Este trabajo fue presentado al concurso que el Ministerio de Instrucción Pública abrió con motivo del Congreso Científico Panamericano de Washington, y el jurado

dad, transmitida por el contagio moral y creada por desequilibrios también sociales. A la manera como las virtudes en determinada exaltación se truecan en un vicio complementario, también así las funciones de nuestro organismo pasan en veces de su ordenación fisiológica a perturbaciones que son del dominio de la patología. Cada función desviada o exagerada es una causa patológica, desde la irritabilidad elemental, digámoslo así, hasta los más nobles procesos morales. Es el caso del tomador de bebidas alcohólicas que pervierte el simple acto de satisfacer la sed en una toxicomanía deletérea.

Sobre el instinto de satisfacer una necesidad orgánica como es la ingestión de líquidos, causa primordial fisiológica, y sobre la existencia en el mercado de bebidas alcohólicas, causa social, también primera, tejen su maraña inextricable las mil causas secundarias del alcoholismo, que hacen de él un problema de múltiples factores individuales, sociales y legales.

Híbrido de la miseria y del lujo, la humanidad tropieza con él en todas las edades y en todas las esferas. Compañero de la tristeza y de la alegría, de la fatiga y del ocio, es la sirena legendaria que fascina y estrangula al individuo humano en el encantamiento de sus paraísos artificiales.

En el individuo aproximadamente normal se inicia el alcoholismo según las leyes psíquicas del hábito por la repetición, por la pasión que engendra y que, como todas, es una idea tenaz que dilata en torno suyo emociones subordinadas con un imperio despótico sobre toda la economía

calificador compuesto por los doctores Roberto Franco, Pompilio Martínez, Carlos Esguerra y Jorge Vargas expuso: ".....EL PROBLEMA DEL ALCOHOLISMO Y SU POSIBLE SOLUCION ha llamado también particularmente nuestra atención. Debemos alabar en él más que todo la importancia de sus conclusiones y su hermosa redacción. Dicho trabajo puede llegar a ser punto de partida de la lucha antialcohólica y aúna la seriedad de un juicio rigurosamente científico al estilo llano y elegante que convence y agrada....."

orgánica, y por la más y más acentuada decadencia general que exige para el complemento de las funciones el tónico fugaz, pero ya imprescindible, del alcohol

En esta clase de individuos se verifica el contagio por la sugestión que ejercen las bebidas alcohólicas mediante su presencia, curiosidad; mediante la insinuación amistosa, compañerismo; mediante la oportunidad de eludir un estado de tristeza ocasional o de exaltar una emoción alegre.

En nuestra patria hay regiones en donde sigue un camino más francamente social, como en Boyacá y Cundinamarca que han hecho de la chicha un complemento de alimentación y un liberador de la humildad y melancolía de la raza indígena, que vegeta tristemente en la pobreza y en la mugre. En el Tolima y en la Costa Atlántica satisface la sed de esas llanuras ardientes bajo la forma de guarapos fermentados y de ron. En Antioquia obra sobre la raza a mi ver por tres causas primordiales: por la cuidadosa difusión que hacen del aguardiente de caña los rematadores de esta renta, pues crean en los pueblos tabernas que, con el nombre de *estancos*, son el sitio más atractivo como lugar de descanso y de solaz, y difunden en cada una de las veredas, con un esmero industrial prodigioso, las ventas de bebidas alcohólicas; siendo una condición de notoria superioridad en los empleados de esta renta de aguardientes el que sepan difundir y estimular el hábito, como me consta por las excitaciones y aplausos que transmiten los rematadores a sus subalternos y por el sobresueldo que cobran éstos de su misión propagandista. Tal sistema de privilegio fue ensayado en Suecia por Gustavo III en 1780 con tan alarmante resultado que hubo de suspenderlo poco después; y si en Antioquia ha sido hasta ahora benéfico es por el celo riguroso de los contrabandos y el alto precio del aguardiente que estipulan los rematadores, lo que comparado con la destilación *ad libitum* y la consiguiente baratura de otros tiempos constituye un

progreso en la restricción del alcoholismo. Otra causa deriva de una condición psíquica de la raza antioqueña: dotada de una grande capacidad para el trabajo y de una imaginación verdaderamente prodigiosa, se encuentra con mucha frecuencia ante el malestar de una suma de energías ociosas que crea el aburrimiento y éste a su vez incita a la bebida seductora y efímeramente eficaz, pues la falta de suficientes industrias y el escaso movimiento comercial hacen que en muchas poblaciones la vida se deslice dentro de una monotonía abrumadora y de una ociosidad inconveniente, a pesar de las notables cualidades de ese pueblo para el trabajo, verdad ésta que denota las corrientes de emigración a que tiene que condenarse. Por último, hay una causa social, que es la carencia de distracciones honradas en un pueblo que sólo tiene trabajo y fiestas religiosas, que es poco sociable, porque la mujer no desempeña ahí su acción social de refrenadora de la juventud, como es el hecho dondequiera que se comunica discreta pero frecuentemente con los hombres, pues estoy convencido de que ella es doble tónico: funcional, haciéndolos más emprendedores y viriles, más audaces, en una palabra, siendo como es y hay que decir las cosas científicas con palabras exactas, su tercera glándula genital; y un tónico moral educativo, suavizando las duras maneras del hombre, creándole una atmósfera de idealismo en derivaciones artísticas, y de seducción pundonorosa.

Las distracciones sociales, los *sports*, los cinematógrafos, los teatros, etc., alejan prodigiosamente de la bebida, pues el vicio es sobre todo ocasional. Una observación fácil nos demuestra la disminución que ha sufrido en Bogotá con las representaciones cinematográficas y el reciente entusiasmo deportivo, que distraen de la taberna a centenares de individuos. La vida de los estudiantes americanos que tienen la imaginación pura y los músculos fatigados por el ejercicio se revela como ejemplar al lado de

los estudiantes del centro y del sur de América que llevan la imaginación calenturienta y la voluntad propicia al desfreno moral.

El aislamiento relativo en que se educan los jóvenes antioqueños respecto de la sociedad viene, pues, a sumarse a las otras causas del alcoholismo. Ese pueblo no se ha degenerado en el alcohol, a mi ver, por la resistencia de su raza, hablando en términos imprecisos para una aplicación diferencial, de su raza, digo, y de aquella costumbre, resto de una moralidad excelente, de no tomar bebidas alcohólicas sino ocasionalmente, es a saber: en los días feriados y en los descansos de su ruda labor, lo que hace que el alcoholizado crónico sea relativamente escaso aún. Quizá el aguardiente que consume sea también menos dañoso, pues no tiene sino pequeñas cantidades de esencia de anís que mezclan en la destilación de los guarapos. Pero no es difícil prever un deterioro de la raza, y ya se ven las psicopatías y neurosis con bastante frecuencia, y la criminalidad, homicidio y heridas es muy notoria; el misticismo domina a la mujer, sobre todo, que depositaria inmaculada de la moralidad de la raza, se desvía más bien hacia el idealismo asceta. Y hago un poco de hincapié en este pueblo, porque él es aún la mejor reserva nacional para la colonización de nuestras selvas y el desarrollo de la industria, fecundo, vigoroso e inteligente como se muestra todavía.

Y no es que sea un pueblo vicioso, abstinente me parece, ya que no alcanza a consumir dos litros de alcohol *per capita*: más ello es que otros factores confusos aún me inclinan a pensar que en nuestra zona y en nuestras condiciones de vida social el peligro se hace sentir con menos cantidades de alcohol que en otras partes. ¿Nuestra pereza, nuestra neurosis, nuestro metabolismo viciado no indican acaso un terreno propicio para la intoxicación alcohólica? Estudiando en este mismo pueblo antioqueño

no ya al individuo o a la sociedad en general, sino las familias, podemos ver con relativa frecuencia un descaecimiento por el alcohol: de hombres patriarcales que se hicieron a una posición sobresaliente por su esfuerzo personal, surgen después de una o dos generaciones seres viciosos que conducen la familia a la oscura esfera del proletariado. Familias enteras son una aflictiva trama de intelectuales, locos y alcoholizados, en quienes el talento, superior a veces, sólo sirve para hacer más visible y penosa la degeneración. Pero hay un fenómeno social interesantísimo en Antioquia, que hace más plausible una lucha antialcohólica, a saber: algunas poblaciones que surgen al amparo de industrias como la minera, en regiones aisladas y de mal clima, se forman en gran parte con los desechos de la sociedad, viciosos, vagabundos y bandidos, y no pasan dos generaciones sin que esa cepa, al parecer tan peligrosa, esté representada por muy virtuosa sociedad, tan cambiados a veces, que hasta de radicales se truecan en conservadores muy sumisos e irreprochables feligreses. Y no es esto una contradicción de las leyes de la herencia, sino el ejemplo de que los factores del vicio son aún menos orgánicos que circunstanciales, como fue mi objeto hacerlo notar al insistir sobre las condiciones en que se desarrolla el joven antioqueño.

La miseria, causa económica que estudian con ahinco los sociólogos europeos, es, entre nosotros al menos, un factor menos importante, porque generalmente me ha parecido consecuente y no causal. Mucho se ha hablado entre nosotros de una deficiencia de alimentación en la Altiplanicie andina oriental, que dizque conduce al uso de los excitantes alcohólicos. Esto merece un estudio muy razonado, pues creo que el problema es inverso, a saber: que el abuso de las bebidas engendra la insuficiencia de alimentación.

Hay en el habitante de esta Altiplanicie una disminu-

ción de la urea y del ácido úrico que va hasta 8,02 en las 24 horas para la primera; y un aumento de los productos amoniacales intermedios que alcanza a 0,15, lo que significa, además, que no hay una compensación. Esta imperfección ureogénica es más notoria en la clase obrera. Por otra parte tenemos una temperatura normal de 36,5. Como la media de glóbulos rojos por milímetro cúbico es entre nosotros de 4.800,000 con 83,21 de hemoglobina, y respiramos veinte veces por minuto una atmósfera pobre en oxígeno—0,192 de gramo por litro—nos queda un déficit de oxigenación, a pesar del desarrollo torácico que en parte la compensa, y un déficit del metabolismo azoado.

El consumo de carne del habitante de Bogotá apenas alcanza a 124 gramos por día, y en la clase pobre hay necesariamente una participación menor de este promedio, y las albúminas vegetales no son suficientemente compensadoras por su elaboración más difícil, más alejada de la capacidad digestiva del hombre. Este dato sería concluyente si no se pudieran aducir razones en contra: el soldado nuestro tiene por alimentación principal una sopa abundante de maíz, trigo, cebada o legumbres con un plato de papas, un pequeño trozo de carne cocida y un pan pequeño y hace un trabajo que exige 2,800 calorías por lo menos, adquiriendo, además, desarrollo físico notable. Esta alimentación es semejante a la que el pueblo consigue a veinte centavos diarios, mitad de su salario más o menos.

Qué es, pues, lo que ocurre? Que el soldado no toma chicha y el obrero sí; que ésta va creando una insuficiencia hepática con infección gastrointestinal crónica; primer factor, orgánico. Y que el apetito por la bebida hace consumir en ella el dinero que puede servir para una sana alimentación; segundo factor, económico. Luego la insuficiencia de nutrición depende de la chicha, según mi modo de pensar razonado, y de las condiciones del clima.

La elaboración defectuosa de esta alimentación está

comprobada por la casi universalidad del artritisismo entre nosotros y nuestra depresión de ánimo el reumatismo articular agudo es de una frecuencia alarmante y algunas afecciones neuroartríticas, la colitis mucomembranosa, y la neurastenia sobre todo, crecen día por día en todas las esferas sociales.

La zona en que vivimos ejerce también una acción depresiva. Pensando muchas veces en la alegría sana y fecunda que traen los viajeros que de nuestra patria van a Europa y Estados Unidos, en aquella exaltación de la voluntad que demuestran en el tono franco y vivaz de su conversación, en la frase precisa que lanza ideas con brío, y en la imaginación que asocia proyectos de trabajo en dilatadas perspectivas de futuro, pensando en todo ello, digo, comprendí una vez que hay un factor mesológico importante. ¿Qué les ocurre a ustedes cuando van a Europa, pregunté a un intelectual que regresaba por entonces, y con una maravillosa imagen me respondió: "Es que allá sentimos por primera ocasión, después de los días de nuestra adolescencia, una primavera espiritual." Y es cierto. Algo les ocurre como un rejuvenecimiento, como el entusiasmo de una primavera, con la placidez de su verdura y el nuevo despertar de la luz.

Buscando una explicación de la influencia depresiva de nuestra zona, he pensado que la repetición monótona de una misma percepción o serie de percepciones fatiga los sentidos y el alma, así como la vista de una luz igualmente coloreada conduce a la locura a los supliciados que a ella son sometidos, o como la repetición de un sonido y aun de una palabra nos trastorna. Creo yo que nuestra zona con la monotonía de su estación permanente, la escasa variedad de su naturaleza y de su atmósfera, apaga la vivacidad del espíritu, enerva el músculo y deprime la voluntad. Esto puede comprobarse por el mayor entusiasmo que se observa en un día que aparece lumi-

noso después de una serie de invierno, y aun en las horas de un torrencial que sigue a largos días de verano.

Por eso he creído que el Trópico no dará nunca una civilización autóctona sino una de infiltración, por la acción capilar, digámoslo así, de las corrientes circundantes.

De otra parte surge también el alcoholismo: la herencia similar de los padres alcohólicos y la desemejante de los psicópatas, neuróticos, sífilíticos, debilitados por la senilidad y los agentes patógenos, trae al mundo seres de un funcionamiento inarmónico que los lleva por un contagio más rápido, predispuestos, o por una verdadera toxicomanía, degenerados mentales, al alcoholismo.

Me adhiero a la opinión que hace del quimismo celular el sustentáculo de la herencia y creo que el germen sufre en su composición íntima—micelas de Naegeli, plasmonas de Wiener, como quiera interpretarse, variaciones aún desconocidas, pero en alguna manera imaginables, según los experimentos realizados en los vegetales (vid europea) para la creación de variedades por medio de una modificación química. Así es más fácil entender que un organismo intoxicado de una u otra manera dé gérmenes viciados que no pueden diferenciarse en órganos armónicos ni verificar las asimilaciones y adaptaciones a que deben someterse para prosperar dentro del modo de ser de su especie.

Este vicio constitucional de las células germinativas se traducirá en el sér adulto por deficiencias orgánicas, las que, a su vez, pueden afectar directa o indirectamente al sistema nervioso, como es el caso de las neurosis y psicosis que se producen en el adulto por la alteración directa del cerebro o de cualquier otro órgano.

En lo que respecta especialmente al alcoholismo, encontramos en los predispuestos una nerviosidad que puede venir de un desequilibrio funcional del sistema nervioso o de otro órgano cualquiera. Esta nerviosidad pre-

senta todos los grados, desde la emotividad casi normal hasta la fobia.

La felicidad es resultante de la armonía; y la euforia es el resultado de un funcionamiento armónico de nuestro organismo. Los predispuestos al alcoholismo, como en general todos los toxicómanos, experimentan como resultante de su funcionamiento perturbado una intranquilidad continua o periódica que se traduce en timidez, melancolía, miedo, ansiedad, en una palabra, en las emociones y sentimientos depresivos; y más tarde por una reacción de rebeldía en irritabilidad, odio, misantropía, egoísmo, características de todos los desadaptados sociales, familiares, individuales y sexuales. Un día de esos el desequilibrio orgánico tropieza con una droga o con un licor que le da una armonía fugaz a su organismo: ve rosados los horizontes de la vida, una cenestesia engañosa le da percepciones de propio vigor y entereza. Es el paraíso artificial que surge como espejismo en el desierto de una melancolía conturbadora, y ya no será posible desechar el nepente.

En mi práctica he anotado procesos similares, conformes al descrito en los morfinómanos, dipsómanos, eterómanos, etc. Y es ya de observación común el recurso de los toxicómanos que cambian de excitante, haciéndose tomadores de café los dipsómanos, de cocaína los morfinómanos, de cloral, de éter, etc., según hallazgos de ocasión.

Puede uno preguntarse si hay una pasión definida por las bebidas alcohólicas antes del resultado de un primer ensayo, y yo llego a dudarlo en mucha parte. La presentación clínica que hace un dipsómano es la de una locura periódica depresiva, ya complicada de ideas delirantes, de fobias, de un estado en general francamente psicopático, ya en nítida diferenciación. Uno de ellos con quien había hecho previo compromiso se me presenta un día y me dice: "Tengo el ataque." No se ha tomado una copa

aún, está débil, presenta la cara del sufrimiento, temblor rápido, miedo obsesionante, anorexia, insomnio, inquietud, sus manos frías están cubiertas de sudor y en su cara hay como una sombra de vejez. Ve en perspectiva la copa redentora y sólo se contiene por un esfuerzo de voluntad ya prevenida por mí. Le aplico una fuerte dosis de estricnina en inyección hipodérmica y le veo transformarse. Esa noche está con amigos, ve licor y no lo prueba. Cesa la acción tónica antes de veinticuatro horas y recae en su depresión, de la cual vuelvo a sacarlo con nueva dosis de estricnina. Ahí no hay vicio, es psicosis y nada más.

Los morfinómanos orgánicos que he tratado me han hecho revelaciones semejantes de melancolía con fobias de una gran perturbación psíquica. Desde pequeños han sido raros: retraídos, alocados, irritables... La morfina fue un hallazgo para el equilibrio fugaz, como las combinaciones y sustituciones que hacen lo confirman.

¿Hay, me he preguntado a veces, una dipsomanía permanente, no periódica? Así lo creo, como hay melancolías crónicas, psicastenias y neurastenias definitivas. Conozco un caso en que el ciclo dipsomaniaco es semanal.

Por todo esto, que no analizo más por ser otro mi objeto, me inclino a que es preciso hacer dos capítulos aparte, el de los viciosos accidentales y el de los viciosos orgánicos, y llamar a esta forma sencillamente, sin más divisiones, la psicopatía toxicomaniaca, adscribiéndola a las locuras depresivas.

Tenemos, pues, varias causas del alcoholismo, que para precisar mejor podemos reunir las bajo denominaciones sintéticas: causas antropológicas, como dicen los tratadistas de Derecho Penal moderno, a saber: las perturbaciones orgánicas que conducen a una depresión, toxicomaniacos, abúlicos, desadaptados por debilidad o perversión. Causas sociales: la industria de bebidas alcohólicas, la deficiencia económica que posterga la elevación moral, la

deficiencia de educación que deja inculta la voluntad reactiva, la falta de distracciones sanas que den el tónico de la alegría a las multitudes. La influencia de los climas enervantes, causa mesológica. Y, por último, el ejemplo, causa moral. Hay también causas familiares que por reducirse fácilmente a las anteriores no hay para qué diferenciarlas.

Entre nosotros priman los siguientes factores: la existencia de bebidas alcohólicas al alcance de todos; la acción depresiva del trópico; la deficiencia de la educación; la transmisión por herencia similar y desemejante, y por contagio; y la carencia de distracciones sustitutivas.

E F E C T O S

La humanidad cuenta con las bebidas alcohólicas desde la época legendaria de Dionisos, Osiris y Noé. Pero hay dos grandes diferencias entre el mundo antiguo y el moderno respecto del alcohol: la antigüedad no conocía las bebidas destiladas y aromatizadas, con mucho las más peligrosas, pues fueron quizá los árabes los primeros en enseñar a Europa la destilación del vino, y en llamar a su producto "el sutil," con una palabra que resulta irónica. Al siglo de las luces corresponde el triste honor de haber perfeccionado y en su mayor parte inventado la destilación de las melazas y de los distintos amiláceos, entre los cuales la papa con su alcohol amilítico; y a él corresponde la industria de centenares de licores aromáticos con base de esencias deletéreas. El mundo antiguo se embriagó con vinos y bebidas fermentadas, siendo, pues, francamente enolista, al moderno le cupieron en suerte el etilismo, el absintismo y el usismo en general. La otra diferencia fundamental es que los antiguos se enbriagaban y los modernos se alcoholizan. Porque si bien es verdad que la cirrosis, Hipócrates y Séneca lo dejan entrever, y las

perturbaciones nerviosas existieron, como ocurrió a Lúculo en el ocaso de su vida y de tantos otros se dice, no había una producción suficiente, ni una vida propicia para el hábito alcohólico generalizado.

El siglo XIX marca el progreso del alcoholismo a la vez que inicia su estudio y su remedio. En 1850 se consumía 1,46 de litro por cabeza, y llegó en 1900 a 4,66. Hubo en verdad, y subsisten, alternativas de consumo que aportan dos ejemplos aprovechables: la acción benéfica de la lucha antialcohólica y la necesidad de intensificarla en una ruta definitiva para que no recaigan los pueblos en el vicio.

En Colombia tenemos cuatro bebidas dominantes: el aguardiente de caña, la chicha, el guarapo y la cerveza. El consumo de licores extranjeros aunque no es despreciable, comporta menos peligros por su precio y menor radio de consumo.

Colombia, con una población aproximada de seis millones, consume anualmente unos once millones de litros de alcohol o sea poco más o menos dos litros por cabeza. De estos solamente unos ciento veinte mil litros de licores extranjeros y el resto de las bebidas nacionales enunciadas, que están en la proporción de cinco millones cuatrocientos mil en chicha, tres millones quinientos mil en aguardiente, un millón seiscientos mil en guarapo y doscientos mil en cervezas, anotados en números redondos y según cálculos meramente aproximativos pero razonables.

El consumo de estas bebidas se reparte en la Nación distintamente, siendo generalizados el consumo de los aguardientes y cervezas, con un máximo en Antioquia y Caldas por lo que hace a los primeros, más circunscrito a la Cordillera oriental el uso de la chicha; y peculiar de los climas templados el guarapo.

Pueden considerarse como grandemente adulterados y nocivos los licores extranjeros, coñac, whisky, vinos

blancos, tintos y secos, como de viciosa preparación algunos nacionales, a saber: la chicha, que es una fermentación de la harina de maíz y que tiene de 6 a 10 % de alcohol, 10,65 de azúcares, 10,80 almidones, 7,70 de glicerina, 6,15 de ácidos de fermentación, 1,60 de aceite especial de maíz y sobre todo un principio azoado tóxico, del orden de las ptomaínas, que parece ser la causa de las perturbaciones mas serias del llamado chichismo.

El aguardiente es producto de destilación del guarapo (jugo de caña de azúcar fermentado) o bien de una solución de panela (producto de evaporación de este jugo), con un poco de esencia de anís. Tiene unos veinte grados Cartier. Con un poco más de esencia y alcohol se le denomina anisado superior.

Las alteraciones que producen estas bebidas son muy conocidas y apenas las anotaré ligeramente por lo que respecta a los aguardientes y a la chicha.

Las cervezas, siendo un mal menor, no las considero sin embargo tan descuidables como lo suscriben algunos higienistas, porque el vicio no se detiene en dosis prudentes, y en hallando excitante se cuida de alcanzar la proporción suficiente, como es fácil observarlo y ocurrió en Suecia en grande escala cuando empezó a sustituir los licores destilados.

Las perturbaciones que produce el aguardiente son las mismas estudiadas en todas partes. Pueden dividirse en dos grandes capítulos: de los tejidos y de la nutrición.

La nutrición tiende a espaciarse, las combustiones son incompletas y aparece un recargo de grasa que se localiza de preferencia en el tejido subcutáneo, el mesenterio, el corazón y los riñones. Las reacciones defensivas contra el frío, la fatiga y las infecciones se hacen deficientemente. La decadencia general física y psíquica es quizá motivada por esta inferioridad y se traduce en pereza, inconstancia, tristeza, ansiedad, indiferencia moral y afectiva, de una parte, y en afecciones artríticas de otra.

Bajo el influjo del alcohol los órganos de toda la economía se deterioran, principalmente los emuntorios y el sistema nervioso.

Con las primeras dosis una vasodilatación se establece que causa las congestiones del período inicial de la embriaguez con sus sensaciones de calor, de agilidad, de euforia, de viveza mental, hasta cierto límite en que intoxicada la célula, sobre todo la cortical del cerebro, de suyo más débil, viene un decaimiento de las funciones que constituye la torpeza mental y muscular del ebrio. El alcohol recorre y afecta preferentemente el estómago y el duodeno, la vena porta y el hígado, el pulmón y el cerebro, meninges y capa cortical sobre todo.

El organismo vuelve a la normal por las primeras veces, pero poco a poco el desequilibrio mental se convierte en deterioro orgánico. Es la gastritis con degeneración gránulo—grasa de las glándulas prepilóricas, con la túnica mucosa corrugada y esclerosada en partes, en partes inyectada. Luégo los adenomas de las glándulas mucosas y las ulceraciones más o menos profundas. En el duodeno obra el alcohol alteraciones semejantes y algunas notorias en el ciego, en el páncreas y glándulas salivares. Pasa a la vena porta que afecta también y va al hígado a establecer el cuartel general de una patología más grave aún, haciendo degenerar el parnéquima hacia la transformación grasa y esclerosa. En él y en los pulmones se asocia con el bacilo de Kock para terminar su obra deletérea por congestiones y degeneraciones sucesivas. En el cerebro ataca las meninges que se cubren de placas opalinas, y vegetaciones fibrosas, como en general todas las membranas serosas del organismo. Hace deprimir por atrofia las circunvoluciones cerebrales, produciendo en la célula cortical una degeneración granulosa y en los vasos nutricios dilataciones que son un daño definitivo y una amenaza de muerte. Los nervios periféricos

se inflaman. Neuritis ópticas pueden sobrevenir. El corazón experimenta múltiples alteraciones, entre las cuales han anotado la vegetación en las válvulas y manchas lechosas en el pericardio y en el endocardio. El testículo se hace flojo y amarillento, en degeneración grasa. El riñón puede aumentar de volumen y hacerse pálido y adiposo.

Ante este escorzo de anatomía patológica, fácil es hacer la separación de todas las afecciones más o menos diferenciadas que crea el alcohol. Por él se explica uno las gastritis, cirrosis, esterilidad, delirios, demencias, neuritis, etc. Y si a esto se añade que el organismo así lesionado es presa de cualquier infección, comprendemos lo precario de su porvenir y del porvenir de sus gérmenes.

Un punto me ha llamado la atención y es el de la cirrosis. Creen algunos clínicos europeos que el vino da la cirrosis atrófica clásica. En mi práctica he visto dos clases de cirrosis como más frecuentes: la atrófica en un síndrome nítido, hígado muy pequeño, serosidad peritoneal abundante y pura, etc., de pronóstico relativamente benigno; y la cirrosis combinada con el bacilo de Kock, de hígado graso, de serosidad a veces turbia, y que es mortal. En ningún caso ha intervenido el vino, bebida por otra parte escasa entre nosotros, ni tampoco el sulfato de cal.

El alcoholismo agudo, la embriaguez, se diferencia según la bebida productora, la constitución individual y grado de intoxicación. Es así como existe la embriaguez moderada, alegre, optimista; la delirante y convulsiva, más propia del ajeno; la impulsiva, también determinada por esencias o por hibridación con un temperamento epiléptico. Sabido es que cada cual hace la embriaguez a su manera y quienes hay que exageran los sentimientos altruistas y urbanos como si hubiesen tomado hashich, según el relato de un tomador de esta droga; quienes son agresivos; quienes en fin son silenciosos y como de inteligencia embotada. Dentro de ciertos límites, se entiende, que la

ingestión muy abundante a todos iguala en un como final y en todos se inicia cuando menos, una confusión mental y una amnesia más o menos profunda.

Alcoholismo crónico es término empleado en psiquiatría para designar la alteración de las facultades mentales que ya tienden a la demencia, pero en los casos en que ésta no es aún muy marcada. En él predomina la pérdida de los sentimientos familiares, de la moralidad y de la voluntad, y ya se inicia una perturbación del juicio, de la autocrítica sobre todo, un debilitamiento de la memoria y un comienzo de delirio. Las pesadillas son características por la frecuente zoopsia en el ensueño, el temblor también diferenciado, las neuritis, desde el simple dolor a la presión muscular hasta la parálisis. Y, en fin, todo el cuadro de la intoxicación alcohólica como la perturbación de los reflejos, la pereza del iris a la luz, la neuritis óptica, la impotencia, las alteraciones del aparato digestivo, de sus anexos y la alteración de los aparatos circulatorio y renal. Signos notorios diferenciales son de parte de la inteligencia la vivacidad incongruente y la ironía que anima un rostro de capilares dilatados; y el carácter de los delirios, que parecen ser la prolongación de un ensueño.

De ahí en adelante se va marcando la demencia que intensifican las alteraciones ateromatosas de las arterias cerebrales y las lagunas de desintegración que crean sus pequeñas rupturas. Es frecuente, como en general en toda demencia, el transferir a otro lo que les parece desagradable en ellos mismos, como resto de crítica de una percepción errada. Esta demencia diferenciable por los signos físicos y los caracteres del delirio predominante es en veces tan difícil de distinguir de la parálisis general que exige la investigación de una linfocitosis céfalo-raquídea.

Sobre este fondo de alteraciones orgánicas, y desde las primeras fases del alcoholismo hasta la demencia, pueden surgir otras manifestaciones clasificadas aparte como

el delirio tremens, el delirio de persecución (paranoia alcohólica), la melancolía alcohólica, el delirio de celos y el síndrome de Korsakoff. He observado algunas de estas modalidades, entre ellas la melancólica en un caso que no podré olvidar por la presentación clínica del enfermo, que presa de una ansiedad incurable veía aproximarse el fin de su existencia en medio de un malestar que comunicaba al espectador la angustia de su pena, respirando cuarenta veces por minuto, con un pulso débil y de gran frecuencia que a veces pasaba de ciento treinta pulsaciones: el relajamiento demencial se marcaba en la pérdida de sus afectos, en el descuido de su persona y en la inmoralidad de algunos de sus actos. Era un antiguo dipsómano y había tenido una infección sifilítica atacada enérgicamente, a raíz de cuyo tratamiento sobrevino la crisis melancólica, como resultado de la doble intoxicación y de las preocupaciones consiguientes sobre un sistema nervioso de suyo degenerado.

Esto que anoto a la ligera como delineamientos generales provoca a hacer un análisis detenido de las perturbaciones nerviosas, con mucho las más importantes en esta materia. Es que en efecto las nociones de la neurología contemporánea, si bien hipotéticas en muchas de sus aplicaciones, aportan cierta luz explicativa del mecanismo de la degeneración nerviosa que no puede menos de detener un poco al observador.

Dada la estructura de la célula nerviosa y su funcionamiento, ¿cómo la modifica el alcoholismo en cada una de sus etapas?

La vasodilatación que se establece en las primeras copas de licor causa una hiperhemia cerebral. La célula nerviosa entra en un funcionamiento activísimo, pues sus excitantes más poderosos son la hiperhemia y el CO_2 . Una rápida articulación de las dendritas por su ameboísmo activado y la influencia de los nervi nervorum establece aso-

ciaciones que se manifiestan por la vivacidad de las ideas y el torrente de imágenes peculiares del comienzo de la embriaguez, por la agitación muscular y la exaltación de todas las funciones. Avanzando esta intoxicación los vasomotores no reaccionan ya, la célula adquiere un veneno que trastorna su quimismo y tiende a paralizar su funcionamiento. En consecuencia una relajación muscular y mental sobreviene. Es el estado de embriaguez avanzada en que el individuo no equilibra su marcha ni sus ideas; en que es un sonámbulo sin memoria de fijación, ni juicio, pues le ocurre como a los animales fatigados que tienen sus células corticales desconectadas por la retracción de las dendritas en estado perlado. Esta falta de asociación hace que no reconozca las personas ni las cosas a que está más habituado, que no dé con su casa y se olvide hasta de sí mismo.

La sucesión de estas intoxicaciones va formando un proceso degenerativo. Los corpúsculos de Nissl, sustancia energética celular, van desapareciendo del centro hacia la periferia; la redecilla celular se espacia también; las biómeras, bioblastos del retículo neurofibrilar, mueren, el núcleo y el nucleolo, centros tróficos y funcionales, no reaccionan, se fragmentan y desaparecen. La albúmina protoplásmica delicada y compleja se fracciona poco a poco en granulaciones grasas y cromógenas, un estado vacuolar se inicia: es la cromatolisis con un cambio de constitución química aparente, pues ya no se tiñe con los colorantes con que se combinaba en su estado normal. Los leucocitos penetran en ella, no para restituír los cuerpos de Nissl, como es el hecho ordinario, sino para englobarla como a organismo muerto. Las células van desapareciendo así y dejando en su lugar grasa y tejido escleroso. Las circunvoluciones se hacen más duras y pequeñas. El cuadro anatomopatológico de la demencia genérica queda establecido. En efecto al hacer cortes de la sustancia cerebral se

nota la escasez de las células, y al examinar a los dementes se observan sus lagunas de desintegración en el orden intelectual y moral, sus perturbaciones tróficas y funcionales en el orden fisiológico.

Cuánto más dañoso sea el alcoholismo en los jóvenes nos lo enseña el hecho de que la célula nerviosa es la más lenta en su desarrollo, pudiéndose decir que no es adulta hasta los veinticinco o treinta años, y sabiendo como sabemos que no tiene regeneración posible, que una vez muerta no tiene sustituto. La educación está fundada fisiológicamente en el ameboismo celular, que facilita la articulación de los penachos de unas células con otras, que las asocia en una complejidad inextricable. La voluntad probablemente se conduce por los nervi nervorum a los prolongamientos protoplásmicos para constituir las asociaciones apetecidas. Si una intoxicación de la célula, por cambio en su quimismo normal, paraliza su acción, ni la educación, ni la voluntad podrán efectuarse, y de ahí esas perversiones de los heredo-alcohólicos y de los adultos alcoholizados.

Si de este cuadro de la demencia pasamos al delirio, podemos decir que una irritación de las células exalta su funcionamiento en una inconexión que no permite asociar, y por lo tanto comparar, criticar y refrenar. Esta exaltación perturbadora se traduce en alucinaciones por el proceso de la transferencia, es decir: la localización en la periferia sensorial de lo que es central efectivamente—transferencia que es función del hábito—y así se constituye el fondo mismo del delirio. Luégo asociando la idea perturbada según las conexiones restantes, se forma la novela interior de los delirios, lógica en su misma desviación.

Esta mecánica nerviosa es cuanto podemos vislumbrar hoy por hoy, sin pretender, ni mucho menos, afirmarla como una verdad definitiva en este misterioso reino de la psiquis.

Analizando ahora el efecto de nuestras bebidas alco-

hólicas podemos decir que el aguardiente produce una embriaguez agresiva y que la chicha da un embotamiento y una insensibilidad característicos. Si fuera posible un paralelo absoluto diría que el aguardiente produce una irritabilidad moral y la chicha una insensibilidad también moral. Quién sabe si a estas dos causas se deba en mucho la frecuencia de las riñas en Antioquia y el predominio del raterismo en el bajo pueblo de la Altiplanicie, la altanería allá y la socarronería en esta otra región. Son problemas de criminalología apenas esbozados.

En efecto, la chicha produce peculiar embriaguez que se traduce con una palabra: torpeza. Torpeza mental y muscular. El alcoholizado con chicha marcha a paso corto y contracturado, atiende mal, responde tardíamente. Es un confuso mental, descuidado de su persona y torpe en todas sus reacciones. Presenta a veces el síndrome de la pelagra. El alcoholizado crónico por aguardiente, en camino de la demencia, da la impresión de cierta inquietud imaginativa y motora con gesticulación rápida, palabra tumultuosa y una ironía a veces feliz. El intoxicado crónico por chicha es un alelado con más estupor y una incuria personal incomparable. Hay, pues, dentro del cuadro genérico a ambos una modalidad en cada uno que hace del chichismo una intoxicación más profunda y enervante.

La chicha está causando una degeneración de la raza india en los Departamentos de la cordillera oriental. Es de fácil observación la viva inteligencia de los niños del bajo pueblo bogotano hasta la pubertad, época en que, así lo juzgo yo, aparece una perturbación por herencia homocrónica, que los hace lerdos, humildes, perezosos y no poco inmorales. Lo creo así aun descartando la influencia directa del licor que toman desde antes de ser destetados, pues en esa vivacidad de la infancia se esbozan ciertas degeneraciones, a saber: la vagabundería, el raterismo, la insensibilidad moral, la coprolalia (notable por ser un pueblo de

gran delicadeza en el trato con sus superiores). Regiones hay en el oriente de Cundinamarca en las que la acción combinada del bocio y del alcohol (chicha fermentada) ha conducido a la raza a una degeneración alarmante a pesar de tener mucha sangre española, a una postración moral intelectual y física que es serísima amenaza futura y ya triste presente. En todo este Altiplano he visto también un número crecido de reumáticos y de cardíacos a los veinte años que me llamó la atención.

A esto se añade que la falta de baño frecuente es una causa poderosa del metabolismo viciado y de la depresión funcional, y que la tuberculosis y la sífilis crecen en Bogotá en muy serias proporciones. La mortalidad infantil, de uno a diez años, ha alcanzado en algunos períodos (1910) el 44 por 100 en esta ciudad. En ella misma la mortalidad por tuberculosis alcanzó en (1912 y 1913) el 9 por 100, y en el Hospital de San Juan de Dios ha habido año de llegar a 29 por 100, (1895 y 1896). La sífilis crece en nuestros medios urbanos, y me atrevo a pensar que aún prospera. La debilidad de la raza, el recargo nervioso de la vida contemporánea y los tratamientos mal conducidos son una cosa alarmante a este respecto. He observado tantas veces la sífilis cerebral precoz (menos de un año) que me pregunto si es que hay variedades de triponema hipertóxico y neurótropo. La sal de Ehrlich aplicada en un tratamiento discontinuo es una amenaza muy seria, y a mi modo de ver en esta forma es a la sífilis lo que el opio al dolor, un sedante, que disimula apenas, si una prudente terapéutica no viene a conjurar el peligro. Remedio heroico bien empleado y combinado, requiere una prudencia digna del mayor encarecimiento.

*
* *

Son, sin embargo, los efectos familiares aquellos que más apenan al moralista. La literatura ha logrado conden-

sar en dramas de una emoción angustiosa el proceso íntimo del hogar afectado por el alcohol.

Son los primeros ensayos del hijo o del esposo que furtivamente se llega a su casa, ocultando con pundonor el trastorno mental y el desequilibrio de las primeras embriagueces. El remordimiento del día siguiente en una atmósfera de reticencias. La esposa o la madre que inclinan la cabeza ante un vago presentimiento y arrojan sobre el sér querido el manto de un disimulo cariñoso. Es la primera crisis familiar que estalla cuando el borracho va perdiendo la timidez de las reacciones morales y se llega a la casa con la cara vultuosa y el lenguaje ofensivo o altanero. La recriminación primera y el primer desenfado. Las lágrimas que empañan ojos discretos y queridos ante el ejemplo conturbador que el ebrio da a los niños que le contemplan con mirada atónita, desconcertados y medrosos. Las lágrimas que se deslizan silenciosamente en la penumbra de la alcoba conyugal antes nido de amor y hoy refugio de dolores. Las lágrimas inútiles de quien ve un golpe de deshonor y de miseria cernerse amenazante en futuro que avanza con premura impasible.

Y tras de esas rebeldías contra el martirio que comienza, van surgiendo en el hogar las consecuencias fatales. Es el hambre que uno de esos días aparece. La desnudez que se inicia en las primeras desgarraduras del traje, más penosas ciertamente para el alma que para el cuerpo aterrido. La noticia del escándalo en la taberna. La primera prisión. Y, por último, el golpe mortal: la aparición del vicio en otro de la casa.

La esposa envilecida en un ambiente de dolor y de miseria ve descorrerse los días sin esperanza; ve llegar con horror la noche en que el borracho, inmundo de la cabeza a los pies, ocupará su lecho, y torpemente lascivo, en un entusiasmo fugaz le dejará en el cuerpo un desgraciado y en el alma asco profundo.

En onda dilatada la suma de los dolores no se cierra nunca. Tras de la vergüenza, de la desnudez y el hambre, cuando ya se va embotando la sensibilidad emotiva y moral, surgirá más y más airada la catástrofe interna: un día llegará la tisis con su cortejo de orfandades y otro día la prostitución abrigará los cuerpos desnudos con los últimos harapos del honor... Después el olvido recogerá las pavezas de un hogar que consumió el alcohol.

*
* *

Sin embargo, no sucede siempre así. Sobre la sociedad repercutirá la onda de este naufragio.

Consultando estadísticas vemos que los asilos y las cárceles encierran de un 20 a 30 por 100 de las víctimas del alcohol. 20 a 30 por 100 directo a que debemos agregar las consecuencias de su acción mediata que lo elevan a la abrumadora proporción de un 50. Y como los hospitales siguen ese mismo derrotero, y como la mortalidad infantil de él toma su mayor contingente, y como los débiles mentales, que serán el ludibrio de la sociedad y el tormento de los institutores, los retrasados con el cortejo de perturbaciones morales y su frecuente epilepsia, los imbeciles que aún conservan un asidero intelectual, los idiotas, ciegos ya de entendimiento: una verdadera falange de infortunados que son problema social que crea en su mayor parte el alcohol; y los neurópatas, los locos, los vagabundos, los perezosos, los mendigos, los rateros, los criminales natos le deben también un crecido porcentaje; tenemos que inclinarnos ante la evidencia de que es la plaga más lesiva que pesa sobre la humanidad. Y si pensamos que los otros grandes flagelos con él se hermanan y de él reciben su mejor abono, hay para meditar un instante en si hacemos o nó sonar la hora de una lucha definitiva.

Un hálito de tristeza se cierne sobre la vida contemporánea. El desequilibrio mental ha hecho posible la profecía de que la humanidad sucumbirá en una locura universal; el problema del proletariado se complica diariamente; el número de hospicios, asilos y cárceles crece hora por hora sin llegar a satisfacer la demanda más y más urgente. Es, pues, hora de reaccionar antes de que el esfuerzo sea superior a nuestras capacidades.

TERAPEUTICA

El alcoholismo es una endemia social que se acentuó prodigiosamente durante el siglo último y que ha desafiado el rigorismo de todas las medidas profilácticas.

Hay restricciones policíacas, pedagógicas, médicas, financieras y comerciales, etc., que van desde la propaganda abstinentista hasta la prohibición absoluta, ensayada de un modo oficial en algunas partes.

La restricción oficial por medio de ordenanzas de policía está establecida entre nosotros, como en todas partes, sin resultado promisorio. Deja a cubierto el alcoholismo "a potu nimio" y se cuida sólo de lo que ya es irremediable: la embriaguez.

Los impuestos más y más altos que pesan sobre la industria y el comercio de las bebidas alcohólicas sólo han servido para encariñar a los gobiernos con las pingües rentas que de ellos derivan.

La restricción en el número de establecimientos de venta hasta determinado porcentaje de población es un tratamiento tenue, una terapéutica de fomentos sobre una gangrena alarmante, como lo prueba una comparación entre Holanda y Bélgica, que consumen "per capita" igual cantidad de alcohol, habiendo esta restricción en una de ellas.

La labor educacionista es también palanca de poco alcance, porque necesitaría cubrir con su protección todas las categorías sociales en un esfuerzo de educación intensa para lograr quizá sólo efectos parciales.

El tratamiento médico está reducido a tres recursos: el de la educación de la voluntad, tarea difícil como pocas, que requiere cierta vocación de parte del médico y no poca voluntad ya del enfermo, el de la corrección funcional: los tónicos nerviosos físicos y químicos, los correctivos de insuficiencias orgánicas especiales, y por último el remedio heroico, el internado en una casa de salud. Pero el médico es recurso de urgencia o ya de angustiosas situaciones, de suyo impropicias, y su acción está cohibida por la voluntad del paciente y la deficiencia legal respectiva.

Ninguno de estos tratamientos aislados podrá, pues, considerarse suficiente. Pero tres de ellos darán una combinación saludable: la prohibición absoluta de vender bebidas alcohólicas, la legislación conducente a establecer el internado en un asilo a los que se embriaguen determinado número de veces, y la educación profiláctica respectiva.

Vamos a analizar estas medidas draconianas, porque superficialmente parecen un juego de imaginación.

El alcoholismo es una endemia social que va minando la especie humana hasta constituir su peligro máximo. Estamos en presencia de un enemigo capaz de efectuar un aniquilamiento de la especie, como lo acredita la rápida desaparición de los Pielas Rojas, polinesios y africanos tratados por el alcohol de la cristiana civilización europea. Ante él queda justificada toda medida de represión, como se justifica el destierro de los leprosos, la prisión perpetua de los criminales patológicos, el aislamiento social de los pervertidos. La moral lo autoriza, y la justicia humana no será cruel si redime las generaciones futuras, como lo manda el espíritu de conservación y la misma dignidad de la especie.

Las vinculaciones familiares también reclaman a grito herido la liberación de la mujer y de los párvulos, a quienes el alcoholismo martiriza impunemente con hambre y deshonor.

El altruismo, la caridad cristiana, la simpatía del prójimo—como quiera entenderse—necesita dejar atrás este fardo de miserias para consagrar su acción al creciente desequilibrio del bienestar humano. La Asistencia pública no debiera tener en un futuro feliz sino dos aplicaciones: la de dar trabajo al adulto y asilo a los ancianos que rindieron ya una jornada de lucha.

Ante los destinos de la especie está, pues, justificada la prohibición absoluta.

Los financistas que se han encariñado con la renta que rinde el vicio tienen que curar la miopía de sus ojos y comprender estas dos verdades de sentido palpitante: 1.^a que la contribución que suministra el vicio puede subsistir en otra forma, puesto que es un hecho indestructible que prueba esa capacidad contributiva; y 2.^a que el Estado y la sociedad pagan con creces en gastos de corrección del vicioso y de protección de sus víctimas el rendimiento de tan monstruoso recurso fiscal. Como lo enseña un libro de propaganda antialcohólica, en sólo los Estados Unidos hubo de 1860 a 1870 un gasto de más de quince mil millones, cien mil niños en las casas de caridad, ciento cincuenta mil condenados a prisión, diez mil locos, mil quinientos asesinatos, dos mil suicidios, y un millón de huérfanos a causa del alcohol. Las pérdidas ocasionadas fueron calculadas en Francia un año en mil millones de francos; y en 1895 gastó Inglaterra más de tres mil millones. Puede decirse que el impuesto sobre el alcohol es apenas el logaritmo de los gastos que éste ocasiona, y que un pueblo se haría instantáneamente rico si, conservando los otros factores económicos, desechara en un momento dado el alcoholismo.

Y podemos preguntar a estos pseudo estadistas cuánto vale una vida humana, cuánto valen todas las vidas humanas tronchadas por el alcohol. El espíritu humano queda aún como un enigma. Las Compañías de Seguros podrán valuar el precio económico de un hombre según su categoría; pero es preciso preguntarse si hay peso o medida para la energía moral y la energía intelectual como factores inescrutables del progreso de la especie. Ante un niño fracasado pasa indiferente la estulticia humana, pero el filósofo vuelve la vista y se pregunta si alguna nueva ruta se cegó con esa siega.

Ante el problema del opio en Asia y del alcohol en Africa se ha levantado este argumento de la renta con la discreción que es del caso, pero los médicos no vacilan en lamentarlo, como que tiene sus raíces en el cultivo de la miseria humana, y lo hacen para con pueblos colonos y tribus salvajes tenidos en poca estimación. ¿Cómo pudiera, pues, sostener un ciudadano de un país libre y culto la validez de un beneficio fiscal a cambio de una perturbación económica infinitamente superior y de una perturbación moral no menos alarmante? La sola cosecha de vinos de 1890 valió más de cuatro mil millones de francos. ¿Cuántos miles de millones valdrá lo que el mundo consume inútilmente en alcohol? ¿Y cuántos miles de millones hay que añadir a este gasto por los daños que ocasiona? ¿No se debe, pues, pensar que el desequilibrio económico mundial tiene ahí un factor inequivalente, que quizá es este el factor supremo de la miseria en el mundo?

Luego ante los presupuestos nacionales está también justificada la prohibición absoluta.

Si aún subsisten argumentos en contra no alcanzo a vislumbrarlos. Quizá una prohibición brusca causaría un desequilibrio comercial ruinoso y una rebeldía tan intensa que podría causar la caída de un gobierno. Para este doble peligro político y económico hay una solución fácil: un

impuesto adicional y tenazmente progresivo, de los que ya pesan sobre las bebidas alcohólicas, destinado a la creación y conservación de Casas de Salud para el tratamiento preventivo y curativo de los alcoholizados iniciaría la restricción sin lesionar imprudentemente a los industriales y comerciantes, y crearía los recursos suficientes para la profilaxis científica, siendo asaz justo, porque devolvería a la sociedad en bienes lo que por males le sustrajera, y cerrando más y más el círculo de las restricciones se llegaría en tiempo no muy remoto a la abolición completa, verdadero desideratum.

Y si ocurriere que el impuesto adicional encuentra "saturado" ya el precio de las bebidas alcohólicas—que no lo está generalmente—cupliéndose entonces las leyes económicas disminuirá el consumo, y obtendremos directamente lo que buscamos de un modo indirecto.

La disminución del consumo en Antioquia en más de un litro por cabeza en los últimos cincuenta años indica que es posible una disminución de consumo con aumento de la renta.

Los pueblos que tengan la costumbre de tomar vino en las comidas y los que tengan su mayor riqueza en esta clase de industrias resolverán el problema más difícilmente que nosotros. Pero no sería juicioso el que continuara el alcohol siendo en nuestra patria un peligro sin razón suficiente para tolerarlo, ni siquiera una costumbre ancestral universalizada.

El segundo capítulo de tratamiento, el internado, queda aún como lo único racional, pues en él beneficia el paciente de una abstinencia absoluta, de una educación de la voluntad y de un correctivo social.

Y es indispensable para complementar la acción prohibitiva, pues el fraude se iniciará con ella de un modo audaz y astuto.

Pero esto comporta graves problemas. El internado

de los ya dementes, el internado transitorio de los dipsómanos, hecho generalmente cuando no lo necesitan, es a saber, al terminar sus crisis, son medidas inocentes. Como hay casas de corrección para menores debe haberlas para los que se inician en el alcoholismo. Resulta, es verdad, una aparente restricción de la libertad individual al tratar de cohibir en el libre ejercicio de sus derechos y trabajos a una persona que apenas haya cometido la falta de unas pocas embriagueces, o de hacerse notar como bebedor cotidiano de pequeñas porciones. Mas ello es que se castigan dos delitos similares: el infanticidio, y el alcoholizado atenta contra su prole; el suicidio, y el que abusa de las bebidas alcohólicas tiende a él. Más aún: se trata de una defensa social, superior por lo mismo a los intereses individuales.

El internado para ser benéfico requiere una legislación reguladora que establezca la autorización para los miembros de la familia de solicitarla de las autoridades competentes, y la obligación de estas autoridades de proceder de oficio cada vez que llegue a su conocimiento un caso determinado.

Este internado, por otra parte eficaz tratándose de individuos pundonorosos aún y conscientes, sería una cura por el trabajo, sobre todo muscular, y la educación de la voluntad. Debería iniciarse desde el principio de la restricción y confirmarse a la generación siguiente de la que sufriera la prohibición definitiva, pues de otro modo no habría espacio ni recursos suficientes para aplicar justamente la ley. Es sabido, además que una generación abstinentemente levanta el nivel de la raza de una manera prodigiosa, y el internado es un tratamiento tan eficaz, que hoy mismo alcanza un 40 por 100 de curaciones.

Por lo que respecta al tercer capítulo, la educación profiláctica, basta con enunciarla para comprender cuál sería su radio de acción y la contribución que pudiera pres-

tar a la solución de este problema, pues es quizá el campo donde se ha iniciado más enérgicamente la lucha antialcohólica.

Quedan por tratar dos graves cuestiones: las bebidas alcohólicas causan muchas veces un esparcimiento amistoso, que discretamente usadas llevan al espíritu el entusiasmo memorable de una hora de compañerismo o de galantería social. Qué hacer? ¿Se tolera esto, previo permiso de una autoridad o de una junta de higiene, o se hace tabla rasa de toda tentación? Con lo primero la espada de Damocles no sería vuelta a su vaina completamente. Con lo segundo robaríamos a la humanidad un poco de expansión alegre cuando en verdad la vida es árida y el dolor insiste tenazmente...

El otro problema es el expendio como droga, en verdad fácil de resolver aparentemente cuando se piensa que comportaría una prescripción médica, pero expuesto sin embargo cuando sabemos que la morfina y sus hermanos de vicio son propinados abundantemente a los pacientes sin que haya modo de sorprender el fraude por aquella eterna connivencia entre el interés del comerciante y el interés del consumidor, beneficiados mutuamente a su manera.

Mas ello es que aún así tendríamos hecho más de la mitad de nuestro camino profiláctico, y estaríamos preparados para un futuro más riguroso.

No quiero de propósito deliberado entrar en la enumeración de las bebidas que deben ser eliminadas del mercado, porque este es un detalle inútil en un estudio de ideas generales y sencillo de establecer en la hora propicia. Respecto de nosotros es preciso anotar desde ahora, eso sí, la necesidad urgente de que la chicha sea eliminada. Recuerdo que en un tiempo, reciente aún, se implantó en Caldas este vicio con tanto entusiasmo, que en pocos meses se observaron casos de alcoholismo, y bastó un gravamen prohibitivo para desarraigarlo. Algo semejante

debería hacerse en los Departamentos con este y otros licores como el aguardiente, el ron, el coñac y ese mundo de vinos más o menos adulterados que se consumen en variadas proporciones según los hábitos regionales.

CONCLUSION

No es difícil prever sordas resistencias, entre las cuales no sería la menor el calificar de utópico este intento. Sentemos desde ahora la verdad y digamos que utópico sólo es lo que no puede realizarse con las fuerzas normales del hombre, y que fuerzas y derecho le asisten en este caso para enarbolar la bandera de previsión y de cultura con un gesto que no tiene de heroico más que el no ser frecuente: y nunca será una audacia el pensar que las facultades del hombre se hicieron para vencer las dificultades de la vida.

Creo, pues, haber dejado razonado el siguiente voto que someto a la aprobación del Congreso:

El Congreso Científico Panamericano de Wáshington encarece a las Naciones representadas en él la restricción gradual del alcoholismo hasta su abolición, iniciándola con un impuesto adicional y prudentemente progresivo sobre las bebidas alcohólicas, dedicado exclusivamente a la creación y conservación de Casas de Salud donde sean internados por disposición legal los reincidentes de embriaguez y los notoriamente inclinados a la bebida, para que en ellas beneficien de un tratamiento "preventivo."

